

THE HORUS HERESY®

LA ERA DE LA OSCURIDAD

Edición de Christian Dunn

timunmas



THE HORUS HERESY™

LA ERA
DE LA OSCURIDAD

Edición de Christian Dunn

timun**mas**

Título original: *Age of Darkness*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Age of Darkness, La Era de la Oscuridad, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2011 por Black Library
Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2011

© De la traducción Games Workshop Limited. 2011. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2011, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0324-4
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 2.265-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Quiso echarse a llorar, pero los dos años anteriores le habían vuelto de piedra el corazón. Le habían pedido mucho, se había perdido demasiado, y ya no le quedaba más pesar que sentir. Hermanos abandonados, todo un mundo de Ultramar arrasado y el sueño dorado de la unidad galáctica completamente reducido a cenizas. Un momento tan singular de la historia debía ser lamentado, sin duda alguna. Exigía llorar, desgarrarse las vestiduras, arrancarse los cabellos, o, como mínimo, un estallido de rabia primitiva.

No se permitió ninguna de aquellas liberaciones catárticas.

Si dejaba que comenzaran a salir las lágrimas, quizá nunca dejaran de hacerlo.

El Arcanium era un cubo de veinte metros cuadrados con una arcada en cada pared, por la que se podía acceder al interior, y que estaba iluminado con gruesas velas colocadas en unos candelabros de hierro con formas de leones rampantes y águilas fijados en las paredes. El suelo era de pizarra negra y las paredes de madera, pulidas y suavizadas con un cepillo de carpintero que él mismo había utilizado. Recordaba cómo buscaba refugio en aquel lugar muchos años antes, cuando las disputas incesantes entre los senadores de Macragge se hacían insostenibles para un muchacho que lo que ansiaba era la emoción del combate.

Aquel muchacho había desaparecido, ahogado por la sangre del asesinato de Konor y la gran oleada de matanzas que él mismo había desencadenado tras aquella traición. En aquel momento del pasado lo había llamado justicia, pero el paso del tiempo le había proporcionado la

perspectiva necesaria para reconocer el verdadero motivo que lo había impulsado a cometer aquel acto. La venganza no era una razón digna por la que enviar a los soldados a la guerra, y se había jurado a sí mismo que jamás caería de nuevo en esa tentación. Tras identificar aquella debilidad, había llevado a cabo las acciones necesarias para purgar de su interior ese defecto, y la ejecución de Gallan fue la última vez que permitió que las emociones guiaran su mano.

Volvió a concentrarse en el libro que tenía delante mientras oía el ajeteo de la fortaleza al otro lado de las paredes pulidas con esmero de su recinto privado. Aquel lugar se había erigido en tiempos pasados lejos de cualquier suplicante, ya que lo había edificado a centenares de kilómetros del asentamiento más cercano, pero ese aislamiento ya era algo muy lejano. Varias hectáreas de murallas de mármol, de cúpulas geodésicas centelleantes, de gigantescas torres y de estructuras perfectamente proporcionadas lo rodeaban. Se había construido toda una biblioteca alrededor de la estancia, y aunque los arquitectos y los matemáticos le habían suplicado que tuviera en cuenta la geometría armoniosa del número áureo inherente a sus planos, él se había negado a que demolieran el Arcanium.

Quiso sonreír al darse cuenta de que, después de todo, quizá la ejecución de Gallan no había sido la última emoción que había influido de algún modo en su proceso mental para tomar decisiones. Sin embargo, la sonrisa se negó a aparecer, y si tenía en cuenta todo en lo que tenía que pensar en aquellos momentos, su decisión de recuperar aquel fragmento de su juventud le pareció un capricho terco en exceso.

Estaba sentado delante de una pesada mesa de madera de color oscuro que ocupaba el espacio central de la estancia, y leyó las palabras que acababa de escribir en el enorme tomo que descansaba sobre ella. El lomo tenía más de un metro de largo, y el grosor del libro era como mínimo de treinta centímetros. Las tapas de cuero estaban recubiertas de elementos decorativos de pan de oro y las páginas eran de pergamino muy pálido, tan nuevo que todavía olía al animal del que se había obtenido. La página de la izquierda la cubría una escritura apretada, con cada letra formada de un modo preciso y cada palabra dispuesta de manera que mantuviera unas líneas de texto perfectas.

El trabajo avanzaba a buen ritmo, y cada día lo acercaba más y más a la finalización de la tarea.

Sería su obra más importante, su *opus magnum*, y sería recordado para siempre gracias a ella. Algunos podrían llegar a considerar esa idea como una tremenda vanidad por su parte, pero él sabía muy bien la verdad.

Con aquella obra lograría salvar todo lo que su padre genético había intentado construir. Sus enseñanzas formarían los cimientos de lo que se necesitaría para hacer frente a la tormenta que se avecinaba. El altruismo más puro, y no el orgullo, era lo que guiaba su mano para escribir y dejar registrados los decenios de sabiduría acumulada. Cada capítulo y cada versículo eran un fragmento de su genio codificado de forma biológica, cada retazo de conocimiento impartido formaba parte de un bloque de construcción, y todo ello se combinaría para crear una obra inconmensurablemente mayor que la suma de todas sus partes.

Después de la devastación que el enemigo había desencadenado en Calth, la legión buscaba, más que nunca, inspiración en su liderazgo. Sus guerreros habían sufrido un golpe tremendo en su orgullo, y necesitaban de un modo desesperado ver a su primogénito. Los ilotas traían todos los días las peticiones de audiencia que enviaban los capitanes de los diferentes capítulos, pero la tarea que tenía entre manos era demasiado importante como para atender a ninguna de esas peticiones.

Los capitanes no comprendían por qué se había apartado de ese modo de sus hijos, pero no tenían que comprenderlo, lo único que debían hacer era obedecer, incluso cuando sus órdenes no parecían tener sentido alguno o parecían tan heréticas como las que habían provocado que la galaxia estallase en llamas.

Jamás, en todos los años que llevaba al servicio de su padre genético, se había enfrentado a una decisión tan terrible.

El Imperio estaba perdido. Todo lo que sabía se lo indicaba, y esta traición sería la que salvaría el sueño que albergaba en lo más profundo de su corazón y que impediría su desaparición.

El cuerpo del Imperio se moría, pero los ideales de su fundación podrían seguir con vida. Su padre lo entendería, aunque los demás no lo hicieran.

Roboute Guilliman escribió dos palabras en la parte superior de la página derecha. Eran unas palabras traidoras, unas palabras salvadoras. Eran las palabras que anunciaban un nuevo comienzo.

Imperium Secundus.

Combate 94

Se llamaba Remus Ventanus, pertenecía a la Cuarta Compañía de los Ultramarines, y era un traidor.

Aquello lo incomodaba profundamente, pero no era mucho lo que podía hacer al respecto. Las órdenes que tenía procedían directamente del primarca, y si había algo que se inculcaba a los Ultramarines desde el primer día de su entrenamiento era que las órdenes se cumplieran, sin importar cuáles fueran.

Los destellos iluminaban las montañas de Talassar con un brillo fragmentado y pálido cada vez que los cegadores rayos de fuego bajaban dejando rastros ardientes como lágrimas de fósforo que cayeran en mitad del cielo nocturno. La retirada desde Castra Publius había sido muy larga y dura, y la incesante y tenaz persecución de sus atacantes había empeorado las condiciones del repliegue. Igual que unos aletafilos que hubieran captado el olor de la sangre en el agua, los guerreros de Mortarion jamás cedieron, jamás disminuyeron la presión, y en ningún momento dejaron de atacar desde que comenzó la batalla.

Era una característica que Remus había admirado antaño.

No tenía ni idea de cómo iba la batalla en el resto de Talassar. Lo único que sabía era lo que le transmitían los planificadores que se encontraban en el gran strategium a través del comunicador del casco, pero eran unos individuos que guardaban celosamente sus secretos y se mostraban renuentes a la hora de distribuir información.

La 18.^a Compañía había defendido Castra Publius hasta el último guerrero, y había proporcionado tiempo para retirarse al resto de las fuerzas de los Ultramarines, que se habían replegado a las posiciones defensivas ya preparadas por los ilotas, los zapadores de combate de la Fuerza de Defensa de Talassar y las monstruosas máquinas de construcción del Mechanicum. Esas máquinas habían demostrado ser esenciales para la estrategia que seguían, y Remus se sintió agradecido de que el primarca hubiera considerado adecuado exigir la presencia permanente del sacerdocio marciano en todos y cada uno de los mundos de Ultramar antes de que el planeta rojo cayera en manos de los aliados del señor de la guerra.

Remus se puso en pie y tomó el bólder de las rocas sobre las cuales lo había dejado. Efectuó las comprobaciones de rutina y activó el seguro. Realizó todas las acciones de un modo automático por lo arraigada que tenía la serie de movimientos. Lo mismo que ocurría con todos los actos de los demás guerreros de la XIII Legión. Acopló el arma al soporte del muslo de la armadura y miró a su alrededor, al paisaje que lo rodeaba.

Las montañas de Talassar serpenteaban sobre la superficie del único continente del planeta igual que si fueran una columna dorsal deformada, donde cada vértebra era un pico desigual y agreste, y donde cada

hueco se convertía en una serie de valles de los que a su vez partían fracturas minúsculas que formaban gargantas ocultas, cañones sin salida y desfiladeros estrechos cuyos suelos jamás veían la luz del sol. Era un terreno que favorecía a los defensores, y todas las maniobras de entrenamiento para hacer frente a una invasión que se realizaban confiaban en aquel baluarte montañoso y en sus fortalezas comunicadas entre sí.

Con lo que no habían contado esas maniobras de entrenamiento era con un enemigo tan implacable como la Guardia de la Muerte.

Una muralla en ángulo de escombros apilados y rococemento de fraguado rápido cerraba aquel valle concreto formando una serie de reductos fortificados y de bastiones. Remus conocía bien la velocidad y la perfección en el acabado con la que el Mechanicum era capaz de esculpir nuevos paisajes, pero lo que tenía ante él seguía siendo una visión increíble.

El valle se había ensanchado y profundizado, y habían hecho estallar sus flancos para luego perforar y cavar hasta formar una serie de fortificaciones entrelazadas que ocupaban toda su anchura. Él había partido de aquel lugar al frente de la Cuarta Compañía menos de doce horas atrás, cuando el suelo del valle era liso y estaba vacío y las paredes negras y volcánicas sólo estaban cubiertas de líquenes y de grandes extensiones de abetos. Todo aquello había desaparecido. El antaño verde valle de alta montaña se había convertido en algo que parecía una cantera explotada desde hacía varios decenios. Las unidades de las fuerzas auxiliares de Talsar ocupaban los reductos construidos de forma precisa a partir de gruesas losas prefabricadas, y las armas pesadas de los Ultramarines ocuparon unas almenas y torretas que no se encontraban allí diez horas antes.

Había sido una retirada muy difícil, y las unidades de vanguardia de la Guardia de la Muerte los habían acosado a cada paso del camino. A Remus le había repelido la idea de permitir que el enemigo mantuviera la iniciativa, pero la nueva estrategia implicaba que debían ceder terreno.

Los tres mil astartes de la Cuarta Compañía se reunieron en grupos cuidadosamente calculados y aprovecharon para descansar detrás de la alta muralla. Remus avanzó serpenteando entre los grupos. Se estremeció un momento al pasar bajo una de las máquinas de construcción del Mechanicum. Se alzaba por encima de él, y era más larga y ancha que la propia Galería de las Espadas de Macragge. La tierra retemblaba con el profundo ronroneo reverberante de su poderoso núcleo motor. Su enorme masa tenía un color ocre polvoriento y estaba cubierta por multitud de torretas artilladas y de señales que indicaban peligro, además de mostrar por doquier el símbolo monocromático del engranaje del Mechanicum.

Todos sus guerreros se encontraban desplegados detrás de la muralla, con cada escuadra situada siguiendo exactamente las nuevas doctrinas tácticas que se habían instaurado recientemente. Todo aquello formaba parte de un cambio radical en la manera como estaba organizada la legión. Se trataba de una nueva serie de reglamentos y de órdenes de batalla que habían llegado directamente desde la Fortaleza de Hera y que imponían unas directrices muy estrictas sobre la manera en la que cada guerrero y cada escuadra debía actuar dentro de la legión como conjunto. Era una sensación muy extraña desarrollar una autonomía de mando dentro de unas especificaciones predeterminadas, pero si había alguien capaz de diseñar una doctrina táctica capaz de hacer frente a cualquier enemigo y situación, ése era Roboute Guilliman.

Vio al sargento Barkha en los peldaños que llevaban a la plataforma de combate. Estaba escuchando los informes que le enviaban los exploradores de la Cuarta Compañía, que se encontraban desplegados en los riscos que se alzaban por encima de ellos. De entre todos los guerreros de los Ultramarines, ellos eran a los que más les estaba costando adaptarse a las reglas recientemente impuestas, pero era tal la naturaleza integral y completa de los nuevos procedimientos operativos que hasta al irascible jefe explorador de la Cuarta Compañía, Naron Vattian, le estaba resultando casi imposible encontrar algún fallo en ellos.

—¿Alguna señal del enemigo, sargento? —le preguntó Remus.

Barkha se volvió y se golpeó el pecho con un puño. Era el saludo pre-Unificación. Le resultó extraño ver a su sargento hacer aquel saludo, pero Remus supuso que era más apropiado que el signo del águila, ya que se habían convertido en traidores.

—Se detecta mucha actividad alrededor de Castra Publius, pero no se ha visto señal alguna de que ya se hayan puesto en marcha —le contestó Barkha con los brazos pegados a los costados y firmes como vigas, como si se encontrase en un desfile y no en un campo de batalla.

—No estamos en Macragge, sargento. No es necesario comportarse de un modo tan formal —le indicó Remus.

Barkha hizo un gesto de asentimiento, pero no cambió de postura.

—Es la corrección, mi capitán —le contestó el sargento—. Que nos encontremos en situación de combate no significa que debemos dejar la corrección a un lado. Después de todo, así fue cómo comenzó todo este penoso asunto. Se pasó por alto la corrección. Eso no pasará bajo mi mando.

—¿Eso es una reprimenda? —le preguntó Remus, al mismo tiempo

que se sacudía el polvo grueso y negruzco procedente de las montañas y que le cubría la superficie azul de la armadura.

—No, señor —respondió Barkha sin dejar de mirar hacia un punto lejano situado por encima del hombro izquierdo del capitán—. Es simplemente la constatación de un hecho.

—Tienes toda la razón, sargento. Si el señor de la guerra hubiera tenido como ayudante a un individuo quisquilloso como tú, nos habríamos ahorrado todo esto.

—Lo decía en serio, capitán

—Y yo también —le contestó Remus mientras subía los peldaños que lo llevarían hasta las murallas para observar desde allí la zona montañosa.

Barkha lo siguió respetuosamente y se colocó a su lado, listo para cumplir cualquier orden que le diera. Aunque Remus no veía ninguna en aquel momento, sabía que las unidades de la Guardia de la Muerte estaban explorando los valles inferiores en busca de algún punto débil en la línea defensiva de los Ultramarines.

—No soy ingeniero, pero hasta yo soy capaz de ver que no seremos capaces de defender esta muralla —comentó Barkha.

—¿Por qué lo dices?

—Han construido la muralla demasiado en el exterior. La parte más estrecha del valle se encuentra a nuestra espalda.

—¿Y?

—Eso hace que la muralla resulte demasiado larga —explicó Barkha en un tono de voz que indicaba que era incapaz de comprender cómo era posible que su capitán no se hubiera dado cuenta de algo tan obvio—. No disponemos de suficientes guerreros o armas pesadas para repeler un ataque a gran escala. —Luego, el sargento señaló por encima del hombro—. La Garganta Yaelen se encuentra al sur, pero es demasiado estrecha como para que los blindados pesados puedan atravesarla a una buena velocidad. Castra Maestor bloquea las Escaleras Helicanas en el norte. Ésta es la única ruta viable que atraviesa nuestras líneas, y la Guardia de la Muerte no tardará en darse cuenta de eso.

—Todo lo que dices es muy cierto, sargento. ¿Quieres sugerir algo con eso? —le preguntó Remus.

—Por supuesto. Casi parece que quisiéramos que atacaran por aquí. Lo que no entiendo es por qué se lo permitimos, cuando en realidad deberíamos ser nosotros quienes los atacáramos.

—La Guardia de la Muerte avanza como la ola de un maremoto —le contestó Remus—. Si nos enfrentamos a ellos en un ataque directo, su

superioridad numérica nos barrerá. Lo que hacemos es replegarnos, provocando que avancen hasta que sus líneas se extiendan demasiado y sean más débiles. Entonces será cuando los atacemos.

—¿Es su plan?

—No. Nuestra estrategia viene determinada por los escritos del primarca.

—Permiso para hablar —le pidió Barkha.

—Concedido.

—¿De verdad vamos a combatir siguiendo las tácticas de un libro?

—Es el libro del primarca —le recordó Remus.

—Lo sé, y no quiero faltar al respeto haciendo estas preguntas, pero ¿acaso puede algún libro, incluso uno escrito por el primarca, cubrir todas y cada una de las posibilidades tácticas de una batalla?

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo —dijo Remus al oír un intercambio de mensajes por el comunicador.

Las unidades de la Guardia de la Muerte ya se encontraban en las laderas inferiores del valle.

—Todo el mundo preparado para el combate, sargento —ordenó Remus.

—A la orden, capitán —respondió Barkha al mismo tiempo que saludaba. Se dio la vuelta de inmediato y comenzó a organizar a la Cuarta Compañía.

Remus Ventanus se quedó mirando a lo lejos, donde se divisaba el resplandor de varios fuegos más allá, en las montañas. Castra Publius había caído, los ultramarines que la defendían habían muerto y los guerreros de la Guardia de la Muerte avanzaban de nuevo para destruirlos.

¿Cómo se había llegado a aquello?

La Guardia de la Muerte atacó cincuenta y dos minutos más tarde. Fue un asalto brutal encabezado por vehículos blindados pesados y dreadnoughts. Fue un puñetazo propinado con el guantelete de una armadura, algo pensado para machacar a los defensores y dejarlos insensibles antes de que el siguiente puñetazo impactara de lleno para completar su destrucción. Las escuadras de infantería mecanizada avanzaron rugientes en pos de los Land Raider pintados de color verde oliva que no dejaban de disparar rayos incandescentes contra los defensores. Las disciplinadas falanges de guerreros con armaduras del mismo color desembarcaron de los transportes blindados y comenzaron su avance inexorable hacia las posiciones de los Ultramarines.

Los disparos de las armas láser y de los bólteres acribillaron a los guerreros atacantes y abrieron brechas en sus líneas, pero sin ralentizar en absoluto su avance. La poca artillería que poseían los defensores lanzó proyectiles especiales contra las filas enemigas y abatieron escuadras enteras bajo aullidos de luz y de sonido. Los dreadnoughts atacantes se lanzaron al asalto a grandes zancadas, y sus brazos armados acribillaron a los defensores con ráfagas mortíferas de precisión mecánica.

Remus vio a toda una escuadra de ultramarines abatida por los disparos de dos dreadnoughts que abrieron fuego de forma coordinada, y ordenó a gritos a una de las dotaciones de armas pesadas que acabaran con ambos. Un trío de misiles salió disparado hacia los dreadnoughts, y uno de ellos se desplomó destrozado tras ser alcanzado en un costado por dos de los proyectiles. El segundo cayó destruido unos segundos más tarde tras sufrir el impacto directo de un cañón de fusión en el sarcófago.

Aquello fueron victorias momentáneas, unos momentos luminosos frente a una superioridad aplastante. Los guerreros de la Guardia de la Muerte luchaban como máquinas, y siguieron avanzando con el ardor insensible de una criatura mecánica y sin alma. Remus era un guerrero, un luchador creado genéticamente con una habilidad superlativa para matar, pero también había sido creado para ser mucho más que eso. Se enorgullecía de su pericia como combatiente, y disfrutaba de la posibilidad de poner a prueba su habilidad contra otro guerrero, pero ver combatir a la Guardia de la Muerte era enfrentarse a un oponente para quien la guerra era simplemente una lucha de desgaste.

Pero Remus no estaba dispuesto a bailar al son de los tambores de guerra de la Guardia de la Muerte.

Los informes tácticos aparecieron desplegados en la pantalla de su visor: índices de bajas propias, proporción de bajas enemigas, resultados probables, y otra docena de variables del campo de batalla. El flujo de información habría dejado anonadado y superado incluso a un táctico del Ejército Imperial, pero la estructura cognitiva modificada genéticamente de Remus le permitió procesarlo todo en el tiempo que duraba un parpadeo.

La Guardia de la Muerte se reagrupó para efectuar otro asalto contra las murallas, y en ese periodo de tiempo la memoria eidética de Remus accedió a los parámetros de batalla que contenían los planes tácticos del primarca. Encontró una coincidencia que llegaba a conclusión lógica tras seguir una serie predeterminada de cursos de acción. Había llegado el momento de replegarse.

Remus acopló el bólter al soporte del muslo de la armadura y dio la orden de retroceder, una de las dos docenas de opciones permitidas que tenía disponibles. Los Ultramarines comenzaron a replegarse por escuadras de un modo ordenado mientras las tropas auxiliares de Talassar acribillaban la zona de tiro que se extendía delante de las murallas con los disparos de las armas láser. Aunque la máquina del Mechanicum no estaba diseñada para ser utilizada en combate, disponía, sin embargo, de un temible arsenal de armas defensivas. Sus enormes cadenas comenzaron a alejar a la máquina del combate mientras el rugido intermitente de las armas resonaba por encima de sus cabezas. Era un sonido curiosamente liso, casi llano, muy diferente al estruendo retumbante y explosivo de las ráfagas de disparos de bólter. Las piezas de artillería lanzaron una última andanada por encima de las murallas antes de dar media vuelta y acelerar a lo largo de la serpenteante carretera que atravesaba las montañas.

Remus se dio la vuelta y bajó de la muralla para unirse al sargento Barkha y a las mermadas filas de su escuadra de mando. Ithus, Helika y Pilus ya no estaban entre ellos, lo que había dejado a la escuadra peligrosamente escasa de efectivos, pero los escritos del primarca también tenían en cuenta esa posibilidad, y Remus requirió refuerzos de aquellas escuadras que no habían sufrido bajas durante el combate.

A su espalda, la Guardia de la Muerte llegó finalmente a la muralla y comenzaron a superarla mientras los defensores seguían huyendo. Cuando la última escuadra de ultramarines llegó a la cresta montañosa que se alzaba detrás de las murallas, Remus envió un chorro de datos en forma de transmisión codificada al adepto del Mechanicum que se encontraba en el interior de la gigantesca máquina de construcción. Pocos segundos más tarde, una serie controlada de explosiones hizo que las paredes del valle se derrumbaran en una enorme avalancha destructiva. Aquello era poco más que una táctica dilatoria. La Guardia de la Muerte atravesaría aquel obstáculo en poco tiempo, pero era más que suficiente de momento.

Barkha le dirigió un gesto de asentimiento mientras se retiraban hacia las montañas.

—Nos estamos quedando sin espacio para movernos —le dijo al capitán—. ¿Cree que hemos hecho lo suficiente para que se estrellen sin resultado contra las murallas de Castra Tanagra?

Remus no le contestó de inmediato. Los informes tácticos de las proporciones entre bajas propias y enemigas aparecieron en ese mismo momento en el visor del casco. Mostraban una serie de lecturas preocupantes, pero se mantenían dentro de los parámetros establecidos en las

condiciones que se habían previsto para aquel combate. Los datos de la situación estratégica general, procedentes del gran strategium, se filtraban a través de la información táctica y revelaban el punto hasta el que se había desangrado la Guardia de la Muerte en sus constantes asaltos a las fortificaciones de los Ultramarines.

—Eso parece. Los demás capítulos han cumplido bastante bien —le contestó Remus por fin.

—Pero no tan bien como nosotros, ¿verdad? —quiso saber Barkha.

—No, no tan bien como nosotros —le confirmó el capitán—. Nadie supera a la «Problemática Cuarta», ¿eh?

—No mientras yo tenga mando —le confirmó Barkha.

A Remus le agradó sobremanera el ánimo que mostraba su sargento, y le satisfizo oír una agresividad tan orgullosa en la voz del guerrero. Al parecer, el enfoque puramente doctrinal del primarca respecto a la guerra estaba resistiendo todos los posibles imprevistos caprichosos de la batalla.

Sin embargo, aquello no era más que un combate, y uno de los muchos oponentes a los que tendrían que enfrentarse.

Las verdaderas pruebas llegarían en el futuro.

Combate 136

La holopictografía trazada sobre la lustrosa superficie del proyector iluminaba con un brillo desagradable el resto del gran strategium. Provocaba unas sombras duras en las paredes relucientes y blanqueaba mucho todas las superficies a pesar de los colores de tonos intensos. El aire era espeso y estaba cargado con el olor de los aceites tóxicos y los ungüentos cáusticos que se quemaban en los incensarios del Mechanicum. Aquello apestaba a aceite de maquinaria mezclado con al menos una docena de sustancias venenosas, y aunque era una brujería propia del Mechanicum, era efectiva, sin duda alguna. Los guerreros de las legiones astartes soportaban aquellos efluvios sin mostrar que los afectaran en modo alguno, pero los mortales que se encontraban en el interior del gran strategium no dejaban de toser y de frotarse los ojos, que no paraban de lagrimear.

Remus Ventanus no sabía si eran lágrimas provocadas por las sustancias petroquímicas irritantes que ardían en los incensarios o al hecho de contemplar la destrucción de un mundo tan hermoso. Supuso que debía de ser una combinación de ambas situaciones.

Se quedó mirando la desolación de Prandium y deseó ser capaz de

llorar también. Era, con diferencia, el mundo más hermoso de Ultramar, pero sus bosques maravillosos, sus montañas, que parecían esculpidas, y sus lagos centelleantes estaban envueltos en llamas o cubiertos de humo y llenos de sustancias contaminantes.

Angron jamás había mostrado temor alguno a la hora de tomar medidas extremas en un combate, y había dejado que sus Devoradores de Mundos actuaran del modo más feroz imaginable. Remus le había oído decir a su primarca en una ocasión que la legión de Angron era capaz de lograr lo que otras no serían capaces, porque el Ángel Rojo estaba dispuesto a ir más allá que cualquier otra legión, de comportarse de un modo que cualquier código de guerra civilizado consideraría completamente abominable.

Tras ver lo que le había hecho a Prandium, Remus comprendió muy bien lo que había querido decir su primarca.

Aquello no era una guerra honorable, era una representación perfecta de la matanza y la destrucción. Sin duda, la gran obra del primarca jamás habría considerado llevar la guerra a unos extremos tan terribles.

Los Devoradores de Mundos habían desembarcado en Prandium después de un incesante y feroz bombardeo de saturación que había arrasado la mayor parte de sus ciudades de mayor tamaño y había incendiado el planeta de un polo a otro. Lo cierto era que había muy poco que se pudiera salvar, o que mereciera la pena hacerlo. Habían muerto millones de personas, y las explosiones de los diferentes tipos de munición habían dejado contaminada tanto la atmósfera como los mares durante milenios.

Sin embargo, Prandium seguía siendo un planeta valioso. Su órbita pasaba cerca del punto de salto interior, lo que significaba que quien controlara Prandium controlaría la entrada a Ultramar. Incluso si Prandium quedaba reducido a una roca arrasada y sin vida, seguía siendo un planeta de Ultramar, y ningún lugar por el que hubiera pasado Roboute Guilliman se entregaría sin presentar batalla.

Al ocurrir aquello tan poco tiempo después de la devastación provocada en el sol de Calth, Remus tuvo la sensación de que los mundos de Ultramar estaban siendo destrozados uno por uno. Igual que si se tratara de un antiquísimo estandarte medio deshecho que se hubiera sacado de unas de las criptas de estasis de la Fortaleza de Hera, todo el entramado que conformaba el tejido de Ultramar se estaba deshilachando. La invasión de Talassar, uno más de los feroces asaltos que estaba sufriendo el imperio de los Ultramarines, había sido rechazada. Los guerreros de

Mortarion habían extendido demasiado sus líneas al dejarse llevar por el aparente éxito de sus ataques, lo que había dejado expuestos sus flancos de un modo peligroso cuando se lanzaron finalmente a por la fortaleza montañosa de Castra Tanagra.

Las unidades de la Novena, la Cuarta y la 45.^a Compañías se habían encargado de defender la fortaleza, y cuando la Guardia de la Muerte se había lanzado al ataque, las pinzas envolventes de la 49.^a, la 34.^a, la 20.^a y la Primera Compañías contraatacaron y destruyeron por completo a las fuerzas enemigas. Había sido una victoria que les había levantado el ánimo, pero Remus era incapaz en esos momentos de ver cómo iban a poder repetir aquel éxito en una situación como ésta.

Alrededor del proyector, con los rostros ceñudos y tallados en granito, se encontraban los capitanes de catorce compañías de combate de los Ultramarines, junto a sus lugartenientes, sargentos mayores y sabios. Los logistas de batalla no dejaban de suministrar información al proyector, y los datos estratégicos en tiempo real mostraban un planeta desgarrado por la guerra.

Un mundo moría ante sus propios ojos.

—La Quinta Compañía se está desplegando en sus posiciones —dijo el capitán Honoria, de la 23.^a—. La 17.^a se acerca para proporcionarle apoyo.

—Las fuerzas enemigas han trabado combate con la 25.^a —informó el capitán Urath, de la 39.^a.

—El flanco oriental de Adapolis está cediendo —comentó Evexian, de la Séptima—. Atravesarán nuestras líneas en cuestión de horas. Voy a ordenar a la 43.^a y a la 37.^a que se replieguen.

—¿Están la 13.^a y 28.^a en posición para el ataque del norte? —preguntó Remus.

—Lo están —le confirmó Honoria—. La Tercera, la Quinta y la Novena de los Devoradores de Mundos están atacando con fuerza en los límites de la provincia Zaragossa. Si no enviamos refuerzos, podríamos perder todo el flanco occidental.

Remus rodeó el proyector caminando con las manos cruzadas a la espalda mientras buscaba algún defecto en el plan de batalla de Angron. Era el capitán de mayor rango de entre todos los presentes en el gran strategium, por lo que tenía el mando general de todas las fuerzas de los Ultramarines en Prandium, un nivel de mando jamás ostentado con anterioridad, pero había sido el propio primarca en persona quien había efectuado el nombramiento.

¿Por qué lo había elegido? Había otros capitanes en el gran strategium que tenían más experiencia en el mando que él. Remus y la Cuarta Compañía habían librado decenas de combates a menor escala, y en todas y cada una de las ocasiones habían salido victoriosos, pero esas batallas habían sido enfrentamientos a escala de compañías, con poco más que unos cuantos miles de guerreros bajo su mando.

Aquello era otro nivel de batalla completamente distinto. Estar al mando de la defensa de todo un planeta era algo para lo que Remus estaba entrenado, por supuesto, pero que, en realidad, jamás había llegado a hacer. Tenía las enseñanzas del primarca grabadas de un modo indeleble en la mente: opciones, variables, parámetros, líneas de combate, respuestas posibles y un millar de planes con los que se cubría cualquier posible eventualidad que se produjera en la guerra.

Había funcionado en Talassar, y Remus tenía que confiar en que funcionaría allí.

Se paró delante del proyector táctico y captó la situación estratégica con un solo vistazo. El movimiento de los ejércitos, de las divisiones y de las cohortes, un millar de elementos que conformaban la batalla por el planeta, era un entramado de avances feroces, de marchas de flanqueo, de batallas brutales y de aislamiento de las fuerzas enemigas. La 19.^a Compañía, que se encontraba en Pardusia, había quedado prácticamente destruida, y las unidades de los Devoradores de Mundos avanzaban por el norte a través de un paisaje arrasado y baldío, que antaño había sido una hermosa zona de pastos repleta de caballos salvajes que corrían libres y donde unas flores muy poco comunes, prácticamente extinguidas en el resto de Ultramar, habían florecido de nuevo formando caleidoscopios de colores gloriosos.

Los capitanes allí reunidos lo miraban fijamente, resentidos por verse obligados a enviar a tantos de sus hermanos a la muerte a fin de cumplir unas órdenes que rompían la cohesión de las líneas defensivas de los Ultramarines. Los arcos y los trazos de las posiciones de color azul serpenteaban por el mapa de forma aleatoria, y cada una representaba un bastión aislado de los Ultramarines, de las Fuerzas Auxiliares y de las unidades del Ejército Imperial que habían sido adscritas a la fuerza a la defensa del planeta.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán Ventanus? —quiso saber el capitán Honoria.

Remus se quedó observando el mapa e hizo pasar todos los datos de la situación por los filtros de la obra del primarca. Las órdenes pertinentes

aparecieron casi de inmediato, pero no tenían sentido. Comprobó de nuevo las conclusiones a las que había llegado, y aunque sabían que eran correctas, las comprobó una vez más.

—Ordenad a la 25.^a y a la 7.^a que recompongan sus líneas de vanguardia —indicó Ventanus—. La 17.^a deberá detenerse y mantener las posiciones.

—Pero la 5.^a... —protestó Urath—... quedará aislada si la 17.^a no le cubre el flanco.

—Hacedlo —le replicó Ventanus.

—¡Esos guerreros van a quedar condenados a una muerte innecesaria con esas órdenes! —exclamó Honoria al mismo tiempo que se agarraba con las dos manos al borde de la mesa proyectora—. No puedo quedarme quieto mientras contemplo cómo pierdes este mundo y los mejores y más valientes guerreros de la legión con esa serie de órdenes demenciales.

—¿Estás cuestionando las órdenes que he dado? —le preguntó Ventanus.

—Por supuesto que lo hago —le replicó Honoria, furibundo, antes de recuperar la compostura. El capitán de la 23.^a inspiró profundamente—. Sé lo que hiciste en Calth, Remus. Maldita sea, todos te respetamos por ello, y sé muy bien que te has convertido en uno de los favoritos del primarca. Sé que se ha fijado en ti para acometer grandes misiones, pero esto es una locura. Seguro que tú también lo ves.

—Si cuestionas mis órdenes, cuestionas al primarca —le respondió Remus con voz baja y tranquila—. ¿De verdad es ésa la postura que quieres asumir, Honoria?

—Yo no cuestiono nada, Remus —le replicó con un tono de voz prudente el capitán de la 23.^a, quien a continuación extendió el brazo para señalar la desastrosa situación táctica que se veía en la proyección de Prandium—. Pero ¿cómo van a poder estas maniobras detener a los Devoradores de Mundos? Los carniceros del Ángel Rojo están despedazando Prandium, y tú lo estás ayudando a hacerlo.

Remus se contuvo para no responderle. A pesar de estar más que de acuerdo con los sentimientos que embargaban a Honoria, tenía que confiar por completo en la idea de que el primarca sabía lo que debía hacerse. Intentar comprender una mente creada por la maestría genética del Emperador era algo más bien cercano a lo imposible. Los saltos de imaginación, de intuición y de lógica que el primarca podía realizar en sus procesos mentales eran inalcanzables, salvo para otro primarca. Pero incluso en este último caso, Remus dudaba que ninguno de los hermanos

de Roboute Guilliman fuese capaz de igualar su increíble capacidad de visión estratégica.

Sin embargo, lo que había planeado sólo podía funcionar con éxito si todos y cada uno de los engranajes de la maquinaria actuaban al unísono y en el mismo sentido. Honoria, a pesar de toda su valentía y honor, estaba afectando al funcionamiento de esa máquina, y no se lo podía permitir, no en estos momentos.

—Honoria, quedas relevado del mando —le dijo Remus—. Sal de este puesto y que tus lugartenientes ocupen tu lugar.

—Ventanus, espera... —empezó a decir Evexian.

—¿Quieres secundar lo que ha dicho Honoria? —le preguntó Remus.

—No, capitán Ventanus —le respondió Evexian, cambiando el tono de voz y haciendo una breve reverencia—. Sin embargo, hasta usted debe admitir que sus órdenes son un tanto... contradictorias. Lo sabe muy bien. Lo veo en su mirada.

—Lo único que yo necesito saber es que mis órdenes tienen la autorización directa del propio primarca —le contestó Remus—. ¿Alguno de vosotros se cree mejor que nuestro primogénito? ¿Puede alguno de vosotros proclamar que conoce las vicisitudes de la guerra mejor que nuestro propio primarca?

El silencio de la estancia le proporcionó a Remus toda la respuesta que necesitaba.

—Pues entonces, acatad mis órdenes —les dijo.

Prandium ardía. Los iconos de menor tamaño de los Ultramarines iban desapareciendo a medida que las unidades eran destruidas, y los llamativos iconos rojos de los Devoradores de Mundos se deshicieron lentamente, como gotas de sangre. Ni una sola parte de Prandium quedó indemne. Los hermosos bosques de las provincias meridionales se convirtieron en desiertos de cenizas atómicas; las montañas cristalinas del este quedaron cubiertas por los restos tóxicos que tardarían milenios en disiparse. Las gloriosas ciudades de enormes estructuras de mármol cubiertas de oro y de plata quedaron arrasadas y en ruinas, convertidas en escombros por los bombardeos orbitales que las borraron de la faz del planeta como si nunca hubieran llegado a existir.

Lo que había comenzado siendo un conflicto a escala planetaria degeneró en un millar o más de batallas libradas entre grupos de combate aislados. Las distintas fuerzas de los Ultramarines luchaban a pocos kilómetros unas de las otras, pero bien podrían haberse encontrado en

planetas distintos si se tenía en cuenta el nulo apoyo que podían ofrecerse entre ellas. Remus tuvo la sensación de que su ánimo se hundía. Ya se arrepentía de la decisión que había tomado cuando le ordenó a Honoria que cediera el mando a sus lugartenientes en el escalafón superior del gran strategium. ¿Acaso no había hablado con Barkha del valor intrínseco que era disponer de un individuo quisquilloso? ¿No necesitaba todo comandante una voz disidente que lo obligara a cuestionarse sus decisiones?

Buscó por todo el mapa de despliegue táctico alguna señal de esperanza mientras se preguntaba dónde se había equivocado. ¿Podría haberlo hecho de otro modo? ¿Qué aspecto de las enseñanzas del primarca no había sido capaz de ver? Había reaccionado a todos y cada uno de los cambios de situación con una aplicación rigurosa de las nuevas doctrinas, y a pesar de ello, Prandium se encontraba a punto de escapárseles de las manos para siempre.

—Que avance la 13.^a —ordenó cuando su memoria automática recordó otra de las lecciones del primarca—. Reforzad la 17.^a, y que la 11.^a se reagrupe para flanquear el avance de las unidades de los Devoradores de Mundos que se dirigen hacia Thardonis. Que avancen hasta entrar en combate y que detengan el ataque de esas unidades enemigas.

—A sus órdenes —contestó Urath.

—Que el 8.º Grupo de Combate se repliegue hasta los límites de la provincia Ixiana. Las unidades del Mechanicum lo cubrirán, y que los zapadores construyan una serie de fortificaciones temporales —añadió Remus a medida que nuevas variables tácticas aparecían en su precisa memoria.

Comenzó a aparecer un patrón, y Remus se dio cuenta de lo precarias que eran las posiciones de los Devoradores de Mundos. Llevarlos hasta ese punto había costado mucha sangre y muchas vidas, pero sólo en ese momento se percató Remus del equilibrio tan delicado que había tenido que soportar aquella estrategia a gran escala.

—Para lograr la mayor victoria, uno debe tomar los mayores riesgos —le había dicho el primarca en los desiertos radiactivos de Calth.

—Vos nunca corréis riesgos —le había replicado Remus.

—No que tú sepas —respondió a su vez Guilliman.

A medida que la multitud de variables tácticas que aparecían en el mapa proyectado se agolparon en los centros de procesamiento de la conciencia de Remus, las respuestas y las maniobras necesarias para responder a las amenazas le asaltaron de forma directa a la mente. Había oído decir que los mejores generales eran los que cometían el menor

número de errores, pero aquello era una de las mayores estupideces. Los mejores generales eran los que planificaban la batalla previendo todas y cada una de las posibles variables y que sabían con exactitud cómo combatirían y reaccionarían sus enemigos. Al ver la belleza asombrosa y la complejidad de las estratagemas que se estaban desarrollando ante sus propios ojos, Remus supo, sin duda alguna, que Roboute Guilliman era uno de esos generales.

Las palabras prácticamente le salieron solas de la boca, como si él no fuera más que un hilo conductor que utilizaran para tomar forma.

—Que el Grupo de Combate Última reagrupe su vanguardia a lo largo del río Axiana. La 9.^a y 25.^a deben cambiar la dirección de su avance, hacia el nordeste, hacia las coordenadas seis nueve alfa ocho tres delta.

Los capitanes obedecieron las órdenes de inmediato, pero Remus todavía no había acabado. Las órdenes continuaron surgiéndole de la boca, y cada una salió disparada como si fuera un dardo venenoso dispuesto a clavarse en el corazón del comandante enemigo. Sus subordinados apenas fueron capaces de mantener su ritmo a medida que enviaba órdenes de maniobra al campo de batalla con una rapidez pasmosa. En todos los rostros aparecieron muestras de confusión, pero a medida que las posiciones de las unidades de los Ultramarines comenzaban a cambiar tras cumplirse las órdenes de Remus, el capitán vio que esas expresiones de confusión se veían sustituidas por gestos de asombro.

Un puñado de iconos rojos situados en el centro de los Territorios Praxos que representaban al grupo de combate más importante de los Devoradores de Mundos, se vieron de repente rodeados por todas partes cuando las unidades de los Ultramarines, unos minutos antes aisladas, convergieron y se cerraron igual que las mandíbulas de una trampa para dejarlas encerradas en el interior de una zona de exterminio mortífera. Otros pocos minutos después, esos iconos comenzaron a parpadear y a desaparecer cuando la potencia de fuego combinada de tres compañías de los Ultramarines acribilló la zona con fuego de artillería, con andanadas masivas de bólter y con oleadas de salvas de fuego pesado procedente de las unidades de devastadores astutamente escondidas.

Las cohortes de Devoradores de Mundos que se encontraban por todo Prandium se vieron rodeadas de repente y aisladas entre sí después de que su agresividad insensata las hubiera llevado de cabeza hacia las armas de los Ultramarines. El efecto fue similar al de un millón de piezas de dominó colocadas de un modo aparentemente aleatorio y que al caer crearan una obra maestra de energía cinética en funcionamiento. Las compañías

de Ultramarines que estaban replegándose de forma apresurada giraron en redondo para unirse a sus hermanos y encerrar a los Devoradores de Mundos en una serie de trampas mortíferas de las que no había escapatoria posible.

Las unidades de los Ultramarines se movieron bajo las órdenes de Remus como si aquello fuera la más grácil de las representaciones de baile, y se desplazaron juntas con una armonía sin tacha alguna. Se habían convertido en una máquina de matar elegante y de diseño impecable. Uno por uno, los iconos rojos de los invasores fueron desapareciendo, mientras que los de los Ultramarines se mantuvieron en un intenso color azul. Los indicadores de bajas propias comenzaron a descender hasta que finalmente quedaron en cero, mientras que los Devoradores de Mundos continuaron muriendo.

Todas las batallas se acabaron en menos de una hora, y Prandium quedó salvado.

—No me lo puedo creer —musitó Urath mientras iban llegando los informes procedentes de todas partes del planeta que indicaban los campos de batalla donde la victoria ya era segura.

—Es que no parece posible —murmuró Evexian—. De un modo tan rápido, tan feroz...

Lo cierto era que a Remus también le estaba costando creer que el final de la invasión hubiera llegado con tanta rapidez. Una cosa era confiar en la visión del primarca por su gran obra, y otra muy distinta verla en acción.

—¿Qué nivel de efectividad operativa tenemos? —quiso saber Remus.

Sus capitanes se apresuraron a reunir la información y filtraron los datos que llegaban desde los diferentes campos de batalla, desde las listas de bajas hasta el gasto de munición y el porcentaje de degradación de las distintas unidades. Todos aquellos informes aparecieron en el mapa proyectado. Unos cuantos aparecían en color rojo y algunos menos en naranja, pero la mayoría de ellos mostraba un tranquilizador color verde. Urath resumió todo aquel flujo de información, pero a Remus no le hacía falta que le interpretaran los datos. Los resultados visuales eran lo suficientemente claros.

—El setenta y siete por ciento de las unidades desplegadas informan de una disponibilidad inmediata para entrar en combate con toda efectividad —declaró Urath—. Un ocho por ciento indican que su estado de efectividad es mínimo o inseguro, y un trece por ciento se encuentran en un nivel peligroso de efectividad como unidad de combate. Sólo un dos por ciento informan de su nula efectividad combativa.